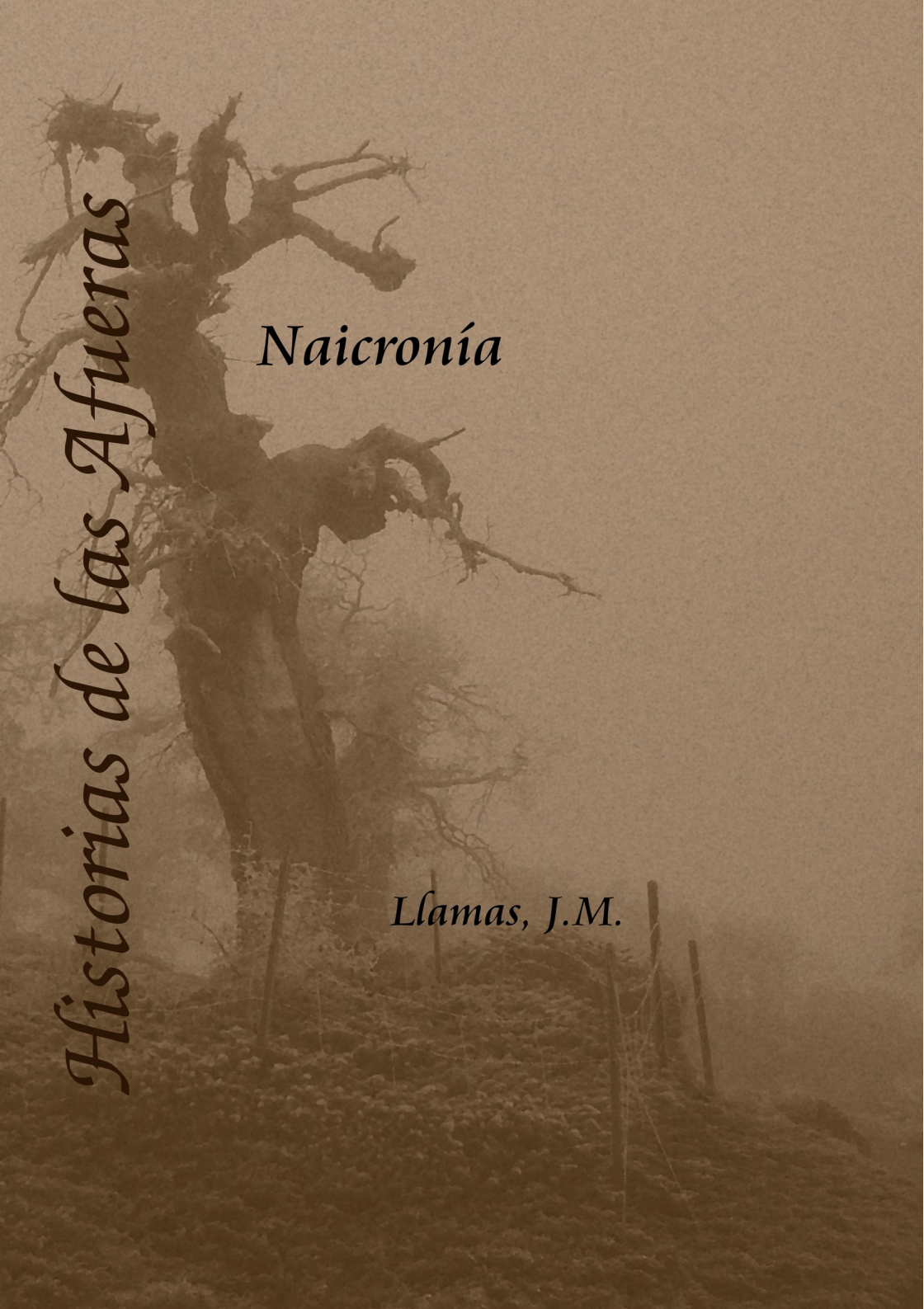


Naicronía

Llamas, J.M.

Naicronía

Llamas, J.M.

A todos los naicrónicos de la historia:

algún día se mostrará que llevabais la razón.

"No me parece menos cierto, amigo Moro, que doquiera que exista la propiedad privada, donde todo se mida por el dinero, no se podrá alcanzar que en el Estado reinen la justicia y la prosperidad, a menos de considerar [...] próspero un país en que un grupo de individuos se reparten todos los bienes [...], mientras la mayoría viven en gran miseria".

Tomás Moro: *Utopía.*

El joven miró al cielo, oscuro y nuboso, gris y opaco, y una lluvia fuerte de goterones grandes y fríos empezó a caer chorreándole por la cara y la espalda, como si sobre la piel estuvieran descargando millones de dardos envenenados; sin embargo, no se movió. Permaneció allí, mirando a las rocas cercanas hasta que se fue insensibilizando a los aguijones transparentes y se pudo tranquilizar. Lo invadió un sopor profundo de cansancio cual si hubiese llegado al término de una carrera, y cerró los ojos.

Se encontró de repente en un campo de trigo, entre espigas, sudando, escondido, vigilante. Sostenía en la mano, en alto, un puñal largo, e intentaba atisbar por entre los tallos más allá de la haza en dirección al camino ancho y bien cuidado que llevaba al castillo. El sol, que aún se dejaba sentir, llegaba ya al fin de su

jornada, y él esperaba una señal para ponerse en camino.

Un resplandor en el horizonte lo alertó y, desatando toda la furia que le había llevado allí, corrió por entre las matas, al lado del camino y hacia el castillo.

El castillo era un lugar tenebroso, sobrio, triste y solitario, colgado de la falda de una colina achaparrada y escondida entre montañas. Su faz, ancha y robusta, se recortaba delante de los bosques que vestían las elevaciones contiguas, y poco había en ella que distrajese la atención de la piedra lisa. Tenía dos torres redondas que sobresalían por encima del cuerpo del edificio y que, como todo él, terminaban en almenas mal construidas. En la mitad de cada una de ellas brillaba una ventana estrecha, como la pupila de un gato. En el piso alto de la construcción ya las luces se encendían en algunas de las habitaciones, signo de la cercanía del anochecer; en una de ellas se veía gran revuelo, se escuchaban voces altas y claras que,

animadas por la bebida y la música de panderos y laúdes, reían y cantaban y gorjeaban. Dos ventanas más allá, recortada su sombra por la luz interior, más leve que la de la fiesta, la figura de una mujer permanecía quieta, atrapada mirando al horizonte con débil esperanza. Un gran portón de madera dura y negra guardaba la entrada, y junto a él dos estatuas, dos soldados con cabeza de zorro y patas de águila que se miraban mutuamente con ojos de piedra, imponían seriedad y respeto a los visitantes inoportunos.

Alrededor del castillo, salpicados entre árboles y hazas de grano, las chozas y pequeños caseríos se repartían por la llanura, puntos blancos entre la oscuridad que invadía el valle, y el viento que traía la tormenta hacía volar, de acá para allá, jinetes sobre caballos invisibles, las voces de los lugareños que volvían a casa tras la dura jornada necesaria para sobrevivir, charloteando animadamente sobre la lluvia esperanzadora que se acercaba, rezando para que no destrozara nada y cuchicheando acerca de muertes,

violaciones y venganza mientras miraban con miedo a los oídos que pudieran oírles. Aquellas voces atravesaban el camino, se arremolinaban entre las copas de los árboles, se cruzaban con otras y formaban jirones volátiles para perderse poco después en quedos susurros, ecos de ecos circundantes que trenzaba el viento en su ir y venir; también llegaban al oído los gritos, los aplausos, los silbidos que venían del castillo en fiesta. Un sol achaparrado, rojo e intermitente, apareciendo y desapareciendo por entre los nubarrones que se iban amontonando al oeste, iluminaba el paisaje con sus últimos destellos; el día daba paso a la noche y la calma a la tormenta que ya a lo lejos retumbaba y relampagueaba confundiéndose con la línea del luz del horizonte.

Era un cuadro propio de cualquier anochecer de verano con cena en casa después de un día duro, con charla en el portal, con fiesta en el castillo podrido de caballeros inhumanos y tiranos, sin un mendrugo que echar a la boca de los que esperan a la puerta de la

mansión a que alguien tire por la ventana lo que sea, aunque sólo sea un hueso, con una sombra que corre furiosa por los trigales en dirección a la orgía caballeresca del cruel ojo de piedra vigilante.

El joven llegó cerca del castillo, se escondió el puñal entre las ropas y, en silencio, caminó por entre los graneros hacia la parte de atrás. Los ojos ardían más a cada paso que daba; saludó a uno de los campesinos que trajinaba encerrando el trigo reunido a lo largo de la jornada para el señor feudal que mientras tanto comía, se emborrachaba, dormía y raptaba a las jóvenes de las casas bajo su protección para disfrutar de sus cuerpos blandos y devolverlas después deshonradas, aunque si su idea del honor pasaba por aquellas atrocidades más valía no poseer nada de ello, que aquel honor era el más grande deshonor que habíase conocido.

El joven llegó, pues, a la parte trasera del castillo y escaló la pared, mal hecha y poco lisa, y así llegó hasta la primera ventana que, por pura casualidad, estaba

abierta. Entró, escudriñó presencias posibles y avanzó hacia la puerta comprobando que no había nadie en el lugar. La habitación era uno de los muchos dormitorios de la mole de piedra; grande y ricamente adornado, medio a oscuras, vacío, fue testigo mudo del paso del extraño personaje. El castillo se hallaba por dentro mucho más ricamente adornado de lo que la pared exterior hacía sospechar: alfombras suaves, lámparas grandes y hermosas, camas blandas, altas, envueltas en sedas que caían sobre los colchones tenuemente, cortinas de terciopelo, maderas de caoba, cojines bordados con hilos de oro y plata, vasos y jarras incrustados de esmeraldas y rubíes, óleos y pinturas oscuros y tenebrosos que llenaban las paredes, estatuillas de dragones y diablos y vírgenes desnudas.

El joven abrió la puerta y salió al pasillo ancho y oscuro. Tres puertas daban a las habitaciones de la parte delantera de la fortaleza; desde el fondo llegaban las voces de los festivos comensales que celebraban la boda en el otro ala. Miró bajo cada una de las puertas y vio

luz en una de ellas. En el salón sonó una voz grave, alta y clara, ebria:

- ¡Id a ver cuánto le falta a la novia! ¡Esta noche es mi noche de bodas y Dolores tiene que estar más hermosa aún de lo que es! ¡Id, id y avisadme cuando la campesina convertida en noble esté preparada para entrar en el salón! Es una joven tímida, pero pronto se acostumbrará a la vida buena.

El joven abrió la puerta y miró en la habitación. Sonrió, entró sin ruidos y cerró con llave.

- No voy a llegarme a ese comedor. Fuera de aquí. Deseo estar sola.

La que acababa de hablar de este modo, asomada a la ventana, de espaldas al lugar donde permanecía el intruso, era una muchachita hermosamente triste. La larga cabellera negra que poseía caía sobre los hombros

y el vestido blanco como un río de ébano. Dos grandes ojos azabache brillaban de dolor y rabia, y un par de hileras de lágrimas transparentes le bajaban por los pómulos morenos hasta el mentón y caían sobre el opulento traje que, lejos de alegrar la amargura de la joven, venía a sumarse a su desconsuelo. Los brazos le caían lánguidamente, vencidos, y en la boca, apretada, había una decisión firme que cumplir de inmediato. Miró un momento a la calle, bajo la ventana, y un sudor frío le invadió la frente. Al fin, reponiéndose para echar al incómodo visitante, se secó las lágrimas y se volvió. Parecía portar toda la desesperación del mundo con fortaleza, con sencillez, con la dureza que da el trabajo y la vida en el campo, una vida pobre y sin medios de campesina altiva.

Toda su corta vida había sido de trabajo en los campos arrendados del señor feudal que ahora pensaba consumar un matrimonio en el que ni ella había dicho que sí en la boda ni estaba dispuesta a hacer lo propio en el lecho; por conseguir su cuerpo el risueño bastardo

mató sin pensarlo dos veces a toda su familia, quemó la parte de tierra que les tenía arrendada y la secuestró como a un animal. Y después de una boda a la que ella había asistido amordazada y no consiguió otra cosa que gritar ahogadamente pretendía que fuera a celebrar aquel cúmulo de aberraciones con él, en el comedor y más tarde en la alcoba, para que cuando se cansase de la novedad de un cuerpo joven le metiera dos cuartas de acero en el cuerpo y la arrojara a la escombrera.

Pero no: jamás iba a concederle un momento de placer. Aún llevaba un alfiler grande en el pelo, enmarañado, y si no atinaba a metérselo en el cuello lo ahogaría entre las sábanas o quebraría su cabeza contra el cabecero del lecho; no tenía nada que perder intentándolo, ni él esperaba que lo hiciera.

Esta joven, pues, se volvió y miró al muchacho, que permanecía casi inmóvil ante la puerta; y un rayo de luz iluminó sus ojos y una sonrisa le llegó a la cara y le transformó el rostro, y corrió y se echó en los brazos del

recién llegado y hundió la cabeza en su hombro, y lloró de rabia contenida y de gozo salvador. Lo miró otra vez abrazados como estaban y, sin comprender cómo había llegado allí o qué hacía, lo besó. Después, en voz baja, casi suspirando, decidió satisfacer su curiosidad y preguntóle por su presencia allí.

- Primero- le respondió el joven, dándole el puñal que portaba bajo el abrigo -toma esto y guárdatelo entre las ropas por si llegaras a necesitarlo.

"Estaba fuera; había salido antes a preparar los aperos, y alguien me dijo, mientras esperaba en la haza, que en casa había problemas con los soldados del señor feudal, que habían llegado del castillo y hablaban a grandes voces con padre. Salí corriendo a todo lo que mis piernas daban camino alante, encontrándome con gente que primero me animó a que me diera más prisa y luego me advirtió que algo grave había sucedido. Llegué, pues, lo más tempranamente que hube lugar pero tarde para hacer algo por alguien: la casa estaba ardiendo y en

la puerta, tendidos y ennegrecidos, se encontraban los cuerpos de madre, padre, Luisa y Antón, que ¡maldito sea por siempre el que fue capaz de acabar con seres tan puros, tan queridos y capaces de querer tanto como aquellos que yacen ahora pudriéndose en la tierra!

>Me lancé sobre los cuerpos, les tomé el pulso, los abracé, lloré sobre ellos desesperado, grité y juré contra los asesinos; la casa seguía ardiendo y me sobresaltó la idea de que tú podías estar dentro, aún viva: ignoraba el fin que había perseguido quien tal matanza perpetró, y no pasó por mi mente ni la sombra de la realidad. Entré como un loco en lo que quedaba de casa y me encontré rodeado de llamaradas, pero avancé hasta tu aposento. No había nadie, gracias al cielo; empezaron a chamuscarse mis espaldas y salté por la ventana a la calle. Un niño me miraba con ojos serios de hombre hecho antes de tiempo a base de sufrimientos, y me aclaró las dudas sobre lo que ya sospechaba: el señor del castillo te había robado y mató a los otros para unirse a ti carnalmente. Tras escuchar aquellas palabras caí de rodillas, se me espesó la vista, me agarré las sienes con las manos y quedé desmayado. Al poco abrí los ojos y

vine al resguardo de la caída del sol para liberarte y llevarte conmigo lejos de esta pesadilla.

Alguien golpeó la puerta varias veces. El joven se escondió tras ella, alertado por los golpes, temiendo ser descubierto. Dolores dijo, con voz esperanzada y llena de miedo:

- Pase.

Se abrió la hoja y entró uno de los personajes de la fiesta, una vieja gorda de mirada lasciva que se quedó esperando bajo el dintel y gritó con voz de cuervo:

- ¿Qué pasa, muchacha? La fiesta es en el otro pasillo y tú eres la invitada de honor. Mi hijo quiere verte vestida antes de disfrutar de tu cuerpo de labradora, así que haz el favor de presentarte en el comedor ahora mismo. Ni mi hijo ni yo misma tenemos demasiada paciencia, y no querrás que entre alguien y te viole

antes de que él te posea, ¿verdad? Sería una verdadera lástima después de todo lo que ha pasado.

- No voy a ir a esa fiesta. Y no me voy a dejar poseer por alguien que ha asesinado a toda mi familia.

La vieja cerró la puerta y se acercó a la joven sin percatarse de la figura que había dejado al descubierto.

- Si mi hijo ha asesinado a toda tu perra familia es porque era necesario para…

- Perdone, señora -escuchó detrás de sí con colérica voz-, pero no ha asesinado a Toda su familia. Quedo yo -El joven le tapó la boca con una mano y con la otra le dio un golpe en las costillas. La dejó caer en el suelo, casi sin poder respirar, y le hundió el pie en la cara. La madre quedó tumbada, sin sentido, largando sangre por las narices. Comprobó que no estuviera muerta, miró a su hermana, que había contenido el aliento hasta

entonces, y la cogió de la mano.

- La muy hideputa se lo merece. Cámbiate y vámonos: no hay tiempo que perder, que esta gente no tardará en sospechar algo.

Escaparon, no sin gran trabajo, por el mismo lugar que había utilizado él para subir. Bajaron a la cañada tras el castillo y corrieron al bosque que de allí partía y cubría las colinas contiguas. Corrieron y corrieron sabiendo que no tardarían en ser perseguidos; trastabillaron, cayeron, se levantaron, siguieron corriendo. Comenzaron a subir la falda de una montaña alta ya entre la fronda y con la noche encima, una noche sin luna, oscura como la boca de un lobo; el joven iba delante sudando y respirando a grandes bocanadas mientras se deslizaba entre los matorrales; ella detrás, con el vestido de campesina, fuerte y poco vistoso, enredándosele entre los cardos y los matorrales, siempre subiendo agarrada a la mano del joven. Los búhos ululaban buscando presa, los roedores se movían

prudentemente entre la hojarasca procurando no llamar la atención del depredador, con los ojillos siempre fijos en los vigilantes árboles circundantes. Varias veces pasaron por saltos de agua , chapoteaban, se hundían en el barro hasta los tobillos, se mojaban los labios, seguían sin descanso para apartar el castillo de la vista.

Llegaron así a un claro, tras horas de camino, y se acercaron a un álamo para descansar un momento y tomar el resuello perdido; se sentaron contra el tronco empapados y ateridos. No sabían si la escapada tendría futuro o no, pero pasara lo que pasase sólo el intento de lograr la libertad había merecido la pena: nadie les podría quitar eso por muchos perros que echaran tras ellos.

- ¿Y Luis? -preguntó ella, con voz queda.

- Luis también ha sido muerto. Llegó a oídos del gobernador lo vuestro, se acercó a su casa y lo atravesó

con una espada, como a su madre y a su padre. O, por mejor decir, ni siquiera de eso fue capaz el ruin, porque mandó a sus vasallos fieles, perros dispuestos a cualquier cosa por un lugar entre los nobles, a que ejecutara sus palabras mientras él, me lo figuro, seguía disfrutando de sus bailes de salón. Mucho me temo que lo que hemos hecho nos va a traer una muerte más cruel de lo que podamos soportar.

- Aún no nos han capturado -repuso ella, sonriendo-; nos quedan al menos unas horas que pasar entre árboles, en libertad, y moriremos como hemos vivido. No me figuro qué hubiera sido capaz de hacer en la alcoba de no ser tú el que atravesaste aquella puerta, pues bien sabemos lo que ocurre cuando una joven es llevada al castillo de esta forma: nunca regresa intacta. O bien vuelve deshonrada y cubierta de vergüenza, o bien la traen en un carro tras haberle sido arrancada la vida.

Y Dios sabe que amo la vida, pero prefiero mil veces morir a estar entre los brazos de ese pervertido.

- Me he planteado -dijo el joven- si en este mundo en que vivimos no será mejor permanecer ignorante a conocer, si te toca vivir entre los de abajo. Padre nos enseñó a pensar, a leer, a escribir, a construir nuestras propias ideas y pasar por el mundo cuestionando al mundo, a sentirlo y amarlo y vivir en libertad. Pero eso no nos ha acarreado más que sufrimientos; porque lo que los demás achacan a designio divino no es para nosotros sino la voluntad de un bastardo que no merece contarse entre los hombres. No sé cómo puede alguien pensar aún que ésos son enviados por Dios para gobernarnos.

- No reproches a padre lo que nos enseñó, pues nos enseñó a vivir. Quizás vivamos mucho menos que todos los que bajan la cabeza ante las palabras y los insultos de los que nos oprimen, pero hemos vivido más absolutamente de lo nadie aquí soñó nunca. Eso es vivir, y lo que esta pobre gente hace es sólo pasar por el mundo.

- Tal vez tengas razón. Posiblemente seamos una estrella en la noche negra -El joven se levantó pensativo, ayudado por la hermana-. Hemos de continuar el viaje.

Y se pusieron otra vez en movimiento. Hacía una noche templada en el bosque, húmeda y agradable para almas enamoradas y no para dos hermanos que escapaban de la muerte, dos almas libres y desafiantes, seguras en su caminar que volaban entre árboles queriendo mostrar que lo que el mundo creía absoluto en aquella sociedad ideada por los señores no era más que pesadilla de la que habían de despertar en algo nuevo. Los nubarrones negros se acercaban lentamente y los primeros rayos caían a lo lejos, sobre los montes primeros, llenando el horizonte de destellos.

Subían la colina agarrados de la mano, forzada la carrera para alcanzar el otro lado de la cordillera y escapar de las tierras y la mano asesina del asesino; y

mientras ascendían el pensamiento del joven recorrió el pasado y encontró la figura del padre, altiva y poderosa, sencilla y noble, de campesino sabio y rebelde. Un hombre respetado por todos, consejero de los necesitados de ayuda, alma de los que sólo podían pensar en trabajar para no morir; aquel que les enseñó que nadie es más grande que otro por su título, que la grandeza la da el alma y muchas veces está reñida con el primero, que los siglos venideros no eran de los de arriba, sino de los de abajo, y algún día lo verían aunque él hubiera ya desaparecido.

Mucho había aprendido trabajando en los campos del monasterio de los dominicos, tanto a formarse en ciencias, lenguas, conocimientos y saberes vetados al pueblo como a criticar el estilo opulento de vida de los monjes, asentados en sus terrenos, gordos, grasientos como cerdos, que vivían en el interior de sus cuatro paredes sin preocuparse por lo que pasaba fuera de ellas porque entre sus muros tenían más de lo que necesitaban. Nunca le gustaron las pompas, las

comilonas de la jerarquía eclesiástica y su manera de predicar un infierno que los que escuchaban vivían en sus propias carnes y esperaban por toda la eternidad gracias a sus pláticas acusadoras , sobre todo si eran gentes campesinas sin más bienes que sus manos y su prole; aunque nunca había dejado de reconocer que entre ellos había muchos hombres santos y preocupados por el sufrimiento de los más débiles, que lo cortés jamás quita lo valiente. Desde pequeños los hijos habían respirado esta forma de pensar tan extraña a aquella sociedad encerrada en relativos absolutos que como murallas hacían imposible salir de los límites establecidos, y al final habíanla hecho el motor que los llevase a desear algo distinto para todos. La gente, los vecinos, solían escuchar con pasión aquellas “extrañas palabras sobre un mundo imaginario, bello e imposible”, y después volvían los ojos al castillo del señor del feudo, a los campos que no les pertenecían pero que tenían que horadar, y meneaban la cabeza viendo lo lejos que tales ideas se encontraban de la realidad. Era una época de pocas preguntas, de procurar simplemente vivir, y aquellos jóvenes habían crecido entre la incomprensión

y el respeto de aquellos, temidos por el gobernante que los consideraba un peligro para sus ansias de poder ilimitado, contentos por saber que, después de todo, quedaba la esperanza de que las cosas cambiasen aunque tardaran siglos porque nada tenía que ver el mundo en que les había tocado vivir con lo que habían leído alguna vez que gritó Jesús en el Evangelio.

Pero nadie puede pretender ponerse en contra del mal y creer que el mal no tomará venganza; y la venganza había sido tomada segando y destrozando la vida de la familia entera. La cara de sus padres parecía aparecer entre los arbustos animando a los hermanos en su subida por la ladera de la colina, siempre adelante, pisando charcos para hacer perder el rastro a los perros de presa que de seguro enviarían tras ellos, acompañados por los susurros y los aullidos de los pobladores del bosque.

Llegaron a un recodo tras el que se abría un agujero en la pared de la roca. El muchacho dejó a la hermana

en la entrada y desapareció en la cueva; regresó al poco con dos jóvenes más, Francisco, su compañero de trabajo, y Juan, otro amigo. Francisco, labrador como él, era un tipo inquieto que, si bien no entendía demasiado los ideales de su amigo, intuía que eran buenos para los que sufrían como él y terminó creyendo en ellos, y más que en ellos en él, que los hacía presentes con su persona; un muchacho fuerte, duro, trabajador incansable y tenaz de ojos claros y sonrisa franca. Ambos compañeros saludaron a Dolores; después de enterarse de todo lo que había pasado idearon un plan para engañar el mayor tiempo posible a los perseguidores. Dejaron, tras rociarlos con veneno y cubrirlos con jirones de ropa de los hermanos, unos trozos de carne a la puerta de la cueva, y pensaron dirigirse unos al norte y otros al sur para dividirlos. Después se sentaron un momento a comer pan con queso que traían los dos amigos.

- ¿Cómo estás? -Preguntó Francisco a Dolores mientras cortaba un pedazo de queso.

- Si dijera que bien mentiría; así que, para daros una idea, mejor que mis padres y con ganas de matar a alguien.

- Ya -dijo, resoplando, Juan, comprendiendo las palabras-. Si conseguís salir de esta colina escaparéis con vida; sabéis que contáis con nosotros en lo que podamos ayudar.

- Ya habéis hecho bastante -terció el joven-; tenéis que guardar vuestra vida, que os hará falta para otras ocasiones más propicias.

- Vosotros sois importantes para nuestra vida -replicó Francisco-. Sois la esperanza. Si desaparecéis la gente no tendrá nada a lo que agarrarse, y ni yo mismo sé si subsistiré.

- No -Dolores hablaba con firmeza-. Mi familia ha sido un destello, pero para que el pueblo arda debéis seguir alimentando la llama. No vamos a cambiar esto en dos días, mas si arrimamos el hombro haremos que algún día cambie.

- Sólo os pido una cosa -Juan miró a los hermanos fijamente.

- Di.

- Que volváis, ya sea vivos o muertos, ya sea en carne o en espíritu.

- Siempre estaremos juntos. Pero ahora hemos de despedirnos, pues mientras hablamos el enemigo se acerca. Sabéis que os queremos, así que hasta siempre -Dolores apenas ponía contener el llanto: abrazó a Francisco, después a Juan, cogió el pequeño bulto con provisiones que le acercaron y marcharon entre las

sombras nocturnas. Los dos amigos se volvieron y corrieron hacia el lado contrario. Lejos, muy lejos, se escuchó el ladrido de un perro.

La conciencia del joven volvió al presente. El cielo oscuro se había terminado de cerrar y la lluvia arreciaba. El bosque olía a tierra húmeda, a vida; las plantas extendían las hojas recogiendo con paciencia el precioso líquido que caía copiosamente sobre ellas. La tranquilidad del claro lo invadió; con la seguridad del trabajo cumplido y la libertad guardada sonrió, cerró los ojos y respiró profundamente.

Se vio corriendo de nuevo junto a su hermana, colina abajo entre matorrales, zarzas y troncos gigantescos, respirando entrecortadamente mientras separaba ramas y hojas que les cerraban el paso; las espinas de cardos y zarzas herían sus piernas, aunque poco importaba si el

premio era sobrevivir. El viento, racheado, traía de vez en cuando ladridos que parecían ahora cercanos, ahora más lejanos, siempre acechantes. Llegaron a la falda de la colina y pararon un momento ante el arroyo que bajaba caudaloso y torrencial arrastrando piedras y ramas; se veían entre la espada y la pared, sin saber cómo cruzar el brazo de agua y con la imperiosa necesidad de hacerlo. Se acercaron a la orilla; dudaron un momento hasta que escucharon un furioso ladrido, y entonces se metieron en la corriente. La bravura del arroyo los cogió por sorpresa y los llevó cauce abajo; agarrados de la mano luchaban con todos los bríos de que eran capaces, pero el agua era más poderosa que ellos y pronto se vieron engullidos por la espuma y los remolinos. El joven intentó sostener a su hermana para no perderla pero se le escapó la mano, y vio impotente cómo se alejaba bajo la superficie arrastrada cauce alante. Se dejó llevar él también hasta más allá, justo antes de un rápido cuyo amenazante sonido lo hizo salir a la superficie; tosiendo y escupiendo agua miró alrededor buscándola: no había ni rastro de ella. Se dirigió a la orilla, se agarró a un tronco que penetraba

en el arroyo, luchó por salir antes de ser llevado al fondo del rápido, consiguió asirse con la mano derecha al madero y entonces la vio: venía hacia él, sin fuerzas, hundiéndose poco a poco, buscando desesperadamente un asidero. El chico estiró el brazo que tenía libre y sujetó con fuerza la mano de ella, lo único que permanecía todavía fuera del agua. Tensionó los músculos, apretó los dientes y la agarró por la cintura; la dejó encima del tronco, subió él y, cogiéndola entre sus brazos, se dejó caer en la orilla tras soltarla con suavidad. Vomitó el agua que había tragado, llenó de aire los pulmones y se acercó, gateando, a su cara; estaba tendida, mirando al cielo, con los ojos muy abiertos. Se preguntó si estaría muerta, mas le llegó su voz, clara y suave:

- Hermanito, no me vuelvas a pedir que cruce un arroyo.

El chico sonrió aliviado y se tumbó boca arriba, descansando unos momentos del esfuerzo. Levantose

entonces ella, se escurrió el vestido y empezó a caminar.

- Se escuchan los perros de presa. Tiempo habrá para perderlo cuando estemos a salvo, pero ahora hay que correr.

- En cuanto recupere el resuello.

Se irguió también él y se internaron en la espesura caminando a grandes zancadas, en silencio, escuchando con atención los sonidos del bosque por si entre ellos descubrían los de los cazadores. El señor feudal se había visto burlado por una campesina ante sus comensales que aquella noche esperaban divertirse con un juego en el que el plato fuerte era ella. Los campesinos, animales sin derechos y con todos los deberes que debían obediencia absoluta a las autoridades civiles y religiosas por tiránicas que éstas fueran, asistían siempre obligados a estos espectáculos de pinturas faciales, bigotes enroscados, trajes de colores, medias de seda,

botas de cuero, sombreros de ala ancha o estrecha, y aceptaban sumisos su papel de muñecos en sus manos. Y al verse privado de tal juego de forma bochornosa, airado mandó perseguir a la fugitiva tras enterarse de su huida para poder castigarla con todo el peso de su injusticia, eficaz para seguir manteniendo llenas las arcas a base de fustigar al pueblo.

El fuego que le quemaba por dentro se avivaba con cada paso, y detrás de cada rama que separaba para pasar le parecía vislumbrar el pueblo nuevo que soñó siempre, el pueblo libre donde todos tenían cabida. Imaginó calles anchas y sin nombre, pues lo importante no sería dónde se vivía sino que se vivía, que cada uno vivía y era él mismo junto a otros. Ya no habría reyes ni nobles que impusieran normas infames ni a los que hubiera que obedecer o arriesgarse a morir asesinado, sino que entre todos decidirían qué hacer, por dónde avanzar, cómo ser más humanos; gente libre sin más control que el necesario para que realmente todos tuvieran las mismas oportunidades.

Todos trabajarían en lo que quisiesen y el trabajo no sería causa de dominio de unos sobre otros, sino servicio de cada uno a todos los demás, construcción entre todos de un mundo más justo. Cada uno podría elegir con quién pasar el resto de su vida sin verse obligado a unirse con nadie al que no amara; todos tendrían lo suficiente para vivir bien, porque los frutos del trabajo se repartirían entre la humanidad entera como hermanos que se quieren. Los niños podrían jugar, los jóvenes formarse y entender el mundo con sabiduría, los ancianos descansar tranquilos y ser respetados por una vida al servicio de todos, y no se encontrarían desigualdades entre niños y hombres y viejos, entre hombres y mujeres, entre listos y torpes, entre fuertes y débiles; los que supieran más ayudarían a los que supieran menos, los fuertes se pondrían ante los débiles y los levantarían. La religión no sería un negocio para engordar y eliminar a los disidentes, se acabarían las hogueras contra herejes y brujas y adúlteros, creer en Dios sería un acto libre del ser humano que se abre al que lo ha hecho y lo quiere, un Dios lejos del que

predicaban los tiranos de la trascendencia para los que el Creador era juez severo, triste, amenazante. La alegría se convertiría en plato común en ese lugar, las tristezas derrotadas por la unidad escaparían avergonzadas y los que quisieran manipular mentes o personas encontrarían el no rotundo de un pueblo maduro que crece y avanza a un futuro siempre nuevo.

Deseó por un momento que esa ciudad se encontrara en algún lugar, que en algún tiempo fuera posible para otros hombres que tuvieran más suerte que él, a los que él mismo construía los cimientos con su huida del tirano. En algún tiempo futuro, dentro o fuera de éste que corría con él, dentro o fuera de esta vida que pasaba arrollándolo con sus ruedas de hierro caminaría por esas calles, saludaría a esos seres, reiría y lloraría de gozo.

Un grito lo trajo de vuelta a la realidad. Corría por una arboleda tupida y húmeda, y la voz sonó clara y cercana:

- ¡Por allí, están por allí! ¡Ténganse a la justicia!

Sonaba demasiado próxima como para poder seguir caminando sin que los perros de presa los capturaran. Miró a la hermana con el rostro desencajado de impotencia. Comprendió que sólo podían seguir adelante por poco tiempo, retroceder y enfrentarse a los perros y cazadores, que significaba correr hacia la muerte, o quedarse parados esperando que la muerte los alcanzase. Miró a la oscura masa de árboles, se volvió y entornó los ojos como si pudiera crear una vía de escape, levantó la vista… Y la vio, vio las copas, el follaje cerrado, y una chispa iluminó su rostro.

- Por ahí. Hay que trepar, no queda más salida.

Se agarraron al tronco, grueso y nudoso, y ascendieron hacia el centro mismo del ramaje del viejo árbol enorme. Siguieron subiendo, escalando con

rapidez, procurándose asideros seguros. Llegaron bien arriba, gatearon por una rama ancha y pasaron al árbol vecino, cuyos brazos se entretejían con el que acababan de dejar. Una vez allí aguardaron en absoluto silencio.

Asomó primero un perro olisqueando con fruición el rastro de los hermanos, vago tras el chapuzón pero suficiente para el olfato canino. Luego llegó otro, siguiendo el mismo camino. Al topar con el árbol por el que acababan de trepar los hermanos quedaron desconcertados, se movieron en círculos, rastrearon los alrededores, gimieron, se quedaron quietos, perplejos. Al poco aparecieron cuatro hombres envueltos en mantos negros, empuñadura en mano, mirando a un lado y otro con gesto sombrío. Uno de ellos, alto y fuerte, parecía ser el jefe y dirigía con gestos violentos a sus compinches. Habló con voz ronca:

- No tenemos toda la noche. El señor quiere carne fresca y la tendrá, aunque haya de levantar el bosque entero. Matad al joven, agarradla a ella.

- Y vosotros dos, daos prisa.

Llegaron entonces los que faltaban: uno delgado, con un puñal entre los dientes y gesto frío y calculador, y otro grueso y fuerte que venía resoplando.

- Estas noches de caza me sientan tan bien… -Exclamó, levantando los brazos, un rubio barbudo con más pinta de cortesano que de matarife si no fuera por la daga de dos palmos que sostenía en la mano derecha y levantó con aire solemne.

Cruzó entonces entre los seis un silbido relampagueante, se escuchó un golpe sordo y un sobresalto recorrió la reunión. El de los brazos alzados se tocó la frente justo para descubrir que sus horas habían acabado; tenía una china de río alojada entre las dos cejas, y un caño de sangre le nubló la vista. Cayó cuan largo era hacia atrás, con la sesera abierta, y sin

decir esta boca es mía exhaló el último aliento y acabó su mediocre existencia.

El grupo, paralizado por la repentina baja, tardó en reaccionar; el gordo se agachó, tomó el pulso al difunto y, sacudiéndose la mano cubierta del rojo líquido, comunicó a los otros la lamentable noticia:

- Muerto. Lo han alcanzado en mitad de la frente. ¿Oís, Rodrigo? Si no nos damos prisa en desaparecer todos acabaremos lo mismo.

- Déjame, Serrallo. ¿De dónde ha llegado la pedrada?

- Cualquiera sabe. Aquí somos un blanco perfecto para su honda.

- Vámonos. Hay que agarrarlo y hacerle tragar piedras y daga. Separémonos; nos volvemos a encontrar

aquí. No matéis a la hembra. Enviad al otro al infierno.

Se fueron cada uno en una dirección y dejaron al muerto tumbado entre zarzas; el chico bajó del árbol, se acercó al cadáver y le quitó el arma, que aún sostenía en la mano. Lo miró fijamente y le sonrió mientras le susurraba:

- Me temo que de poco te va a servir ahora, hideputa.

Volvió al árbol, junto a la hermana, y siguieron camino por las copas del robledal. Dolores le daba vueltas al asunto del descalabramiento del barbudo rubio.

- ¿Quién ha sido?

El chico bien poco sabía, tanto como ella, pero le hizo saber su sospecha:

- Francisco. Los ha debido seguir y le ha descerrajado el canto al primero que habló más fuerte de lo que debía.

Podía muy bien, en efecto, haber sido él; después de su último encuentro volviéronse a la llanura los dos compañeros mas, alertados por la escucha de los sanguinarios enviados del castillo, vueltos para ver dónde quedaba la persecución, esperaron a que llegara ocasión propicia para poner a prueba su tino en lanzamiento de adoquines rodados; lo que quería decir que no estaban en realidad tan solos como habían creído.

Llegó al final la arboleda y, no quedando más floresta por la que continuar el viaje tan fácilmente como antes, comenzaron a bajar. Vio el joven, cuando así estaba, que uno de los enemigos permanecía justo bajo sus pies, mirando alrededor y con la mano en la empuñadura de la espada. Todo lo silenciosamente que pudo bajó hasta

ponerse sobre la cabeza y de allí se tiró al suelo, yendo a caer detrás del de la hoja de acero. Al momento éste se volvió, desenfundando con rapidez, pero no tanto como el otro, que con un movimiento de la mano que portaba la daga del muerto abrió en dos la cara del matón, desde el ojo a la barba. Luego hundióle la punta en las tripas sin darle tiempo a otra cosa que abrir los ojos desmesuradamente, le asestó un puntapié y, una vez la hermana acabó de bajar, emprendieron otra vez veloz carrera monte arriba.

El atravesado gritó con la mitad de boca que no le colgaba y al momento los compañeros se acercaron al lugar de la escaramuza. Les señaló la vía de escape de los hermanos; Rodrigo se inclinó, le puso una mano en el pecho y le habló pausadamente:

- Es un jovencito con agallas, pero su piedad lo pierde. Si yo hubiera sido él te hubiera matado. Pero no te preocupes, que voy a arreglar ese pequeño detalle -Y le atravesó la garganta con un puñal. Mientras el pobre

diablo se desangraba Rodrigo, con otro movimiento, ordenó a los que quedaban que lo siguieran.

El joven sabía que aquella carrera era la última; su hermana Dolores también. Pronto sintieron el aliento de los perros en el cogote, el ladrido ronco y agitado, violento, que se abrió camino hasta los fugitivos agotados; el chico se volvió e indicó a la hermana que siguiera subiendo.

El perro se lanzó contra él con las fauces abiertas, y fue a cerrarlas en torno a la pierna. Un dolor agudo y profundo lo estremeció; el animal tiraba de la extremidad con fuerza, como lo habían enseñado sus feroces amos. Sintió que se le desgarraba la carne. Cogió la daga, que aún llevaba, con las dos manos y la hincó en el lomo del bicho. La levantó y volvió a bajarla, esta vez al pecho. Por tercera vez asestó una puñalada, y le hundió hasta la empuñadura tras la oreja. Los diente perdieron asidero, se desembarazó de la tenaza, corrió, cojeando, donde lo esperaba ella. Detrás sólo el vacío, un

tajo enorme en el monte. Delante los cazadores. Miró al cielo esperando una respuesta que esta vez no vino. Se sentó a aguardar la sentencia.

- Se acabó -le dijo Dolores-. Lo hemos intentado, pero no ha podido ser. Hay muchas formas de morir y la nuestra ciertamente será cruel.

Calló un segundo. Se acercaban.

- Pero aún podemos vencerlos. Seamos valientes y esperemos el momento. Prepárate: ya llegan.

El joven se levantó orgulloso de haber desafiado al señor feudal hasta tan lejos. Entonces vio, en el futuro, gente levantándose como él, alzando los puños, cada vez más, una muchedumbre contra los opresores de todas las épocas; dos lágrimas corrieron mejillas abajo. Los cuatro innobles llegaron. Rodrigo sonreía triunfante.

- Vaya, vaya… parece que se acabó el juego, ¿eh? Podéis empezar a temblar cuanto queráis; jamás nadie ha osado hacer lo que vosotros esta noche, y habéis de pagar por la traición.

Un relámpago iluminó la noche y los rostros que se miraban fijamente, el de Rodrigo buscando miedo en los de ellos, los de ellos desafiando decididos, seguros, poderosos al suyo.

- Nunca hubiera creído que me ibais a crear estos quebraderos de cabeza; si lo llego a sospechar os quito del mundo antes, otras veces que se me ha presentado la oportunidad…

- Si estás intentando asustar a alguien olvídalo. Eres tan poca cosa que no mereces que nadie te tema… -cortó ella, mirándolo aún a los ojos.

- ¡Cállate, zorra! No te he dado permiso para hablar -replicó Rodrigo airado.

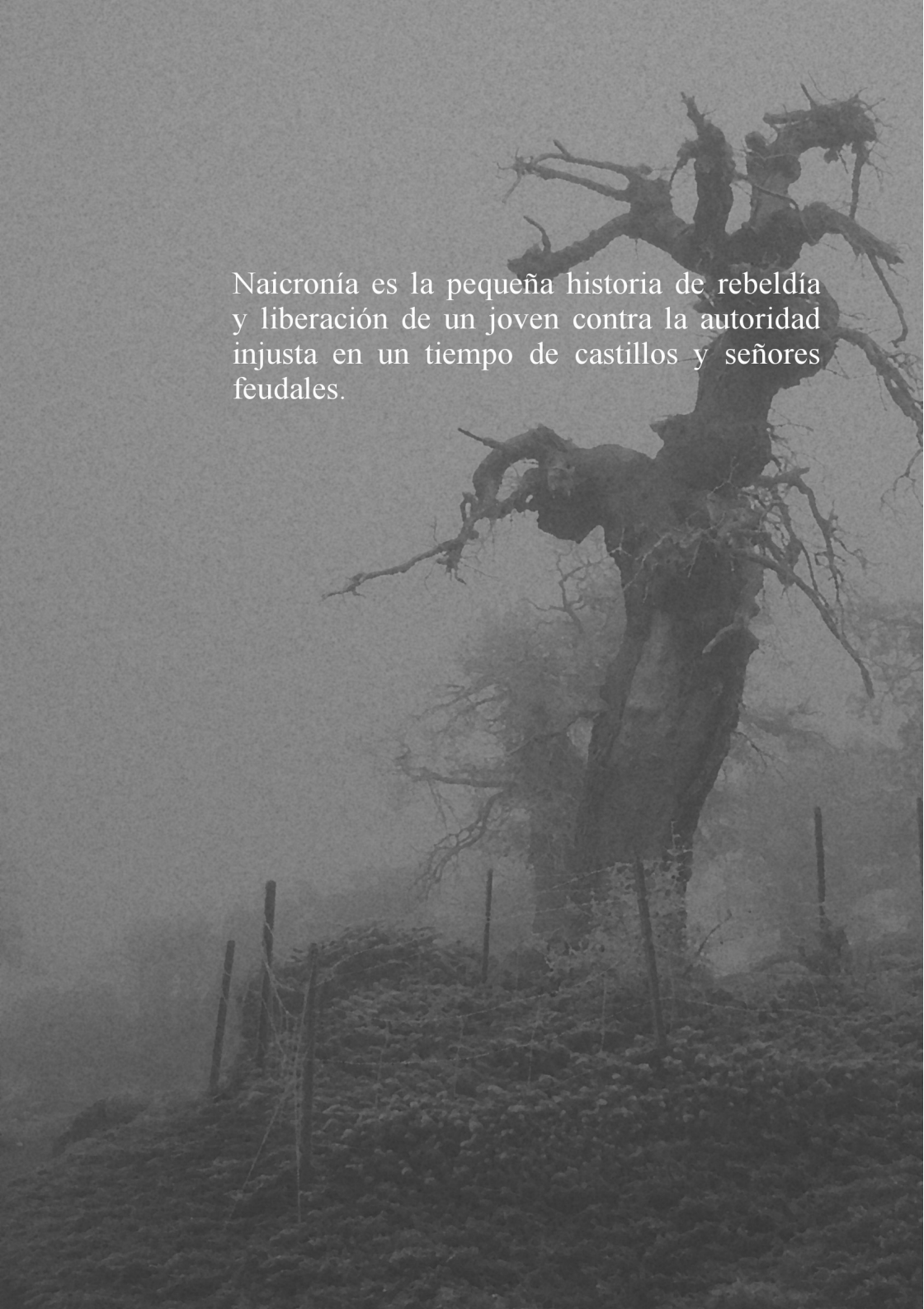
- No tienes poder sobre mí. Nadie tiene poder ya sobre nosotros. Tú crees que nos tienes pero te equivocas, porque no hay espadas ni cárceles que puedan retenernos. Y recuerda que un día, cuando también tú mueras, nosotros, los pobres, te juzgaremos a ti y a todos los que son como tú. Entonces ruega a Dios para que seamos más bondadosos de lo que fuisteis vosotros, pues vuestro castigo será mil veces mayor que el que dais a tantos inocentes. Quedaos con el diablo; preferimos caer en manos de Dios.

Dando media vuelta los dos hermanos miraron al horizonte y se lanzaron al precipicio. Rodrigo y los demás quedaron muertos de espanto ante el abismo.

El joven tosió; o lo intentó, porque apenas consiguió exhalar un gemido sordo. Otro relámpago lo iluminó. La vista se le fue nublando, como el cielo, y al fin quedó a oscuras. La muerte venía a por él. Al fondo surgió una luz tenue: era una calle ancha, sin nombre… En algún tiempo existía, después de todo, esa ciudad; hacia ella caminó con paso decidido, cogido a su hermana, al encuentro de los que les habían precedido en la lucha.

Francisco lloraba agachado al lado de su amigo. Miró arriba. El joven se levantó, sin despedirse, y se fue bosque adelante decidido a continuar construyendo el mundo por el que él había dado la vida.

La lluvia seguía cayendo. La tormenta continuó, continúa, continuará hasta que salga el Sol.



Naicronía es la pequeña historia de rebeldía y liberación de un joven contra la autoridad injusta en un tiempo de castillos y señores feudales.